

MEDICINA Y PERSONA

«Todo hombre es un enfermo»

Análisis de una idea del siglo XX

Rafael Alvira*

Evolución: he ahí una palabra que ha, no evolucionado, revolucionado más bien el espectro científico moderno. Con el presupuesto evolutivo se trabaja en las ciencias biológicas y médicas. Evolución es término que apunta a un cierto tipo de actividad, a saber, el cambio, el movimiento. Mientras se está en la evolución no se está en el punto de partida o de llegada. Pero, al parecer, esa es la condición del ser vivo: evolucionar. Pues bien, si esto es así, todo ser vivo es un *infirmus*, alguien que no está en su lugar propio y que, por ello, no hace pie definitivo: es un enfermo. O bien, como rápidamente se echa de ver, se puede decir del mismo modo que nadie, ningún ser vivo, es un enfermo, pues el lugar donde el ser vivo hace pie es la transición misma, el cambio. Es decir, nadie *está* enfermo porque más bien la enfermedad es el constitutivo mismo del hombre: todo hombre *es* enfermo.

Esta dialéctica del todo y la nada, o del todo que se identifica con la nada, es bien conocida de los filósofos, pero no es cuestión de traerla ahora a colación por extenso. Interesa sólo poner de manifiesto que ya en las bases mismas sobre las que trabaja científicamente la medicina, nos encontramos con unas ciencias que la están llamando a escena de modo inmediato: el enfermo, señores, está servido.

Si a uno le sobra el apéndice, será tal vez por culpa de "retenciones del proceso evolutivo" o degradaciones de él; y si a alguien le falla la memoria será que su cerebro no está a la altura de lo que el proceso de hominización exige. Si no podemos retener tantos datos como un "computer" será cuestión de que la ingeniería genético-cerebral nos eche una mano.

Pero quizás esta generalización de la enfermedad, a la que la hipótesis evolucionista conduce, no sea más que un resultado de eso, de una hipótesis. Uno puede declararse empirista y decir: me atengo a las estadísti-

cas, *hipothesis non fingo*. Y entonces las estadísticas le vuelven a dar la razón al título de esta disertación: no hay un hombre que no tenga alguna enfermedad, actualmente manifestada o por manifestarse. A la frase "no hay enfermedades sino enfermos", acompaña siempre, en el fondo, "pero enfermos somos todos, a todos nos pasa algo".

**La curación es pues un lenitivo,
nunca un definitivo remedio para
el hombre de hoy.**

Curiosamente, aquí vuelve a aparecer la dialéctica todo-nada, esta vez con fines consolatorios: sí, es cierto, me pasa algo, pero... ¿a quién no le pasa algo? Si todo el mundo está enfermo, yo ya no soy un caso especial al estarlo. Lo normal es la enfermedad. Por supuesto, vamos a poner el remedio oportuno, pero no hay intranquilidad: me curaré de esto por ahora; ya luego me vendrá cualquier otra cosa. Todo el problema consiste en que eso otro sea el menor mal posible, en espera de la enfermedad definitiva, que me llevará a la muerte.

La curación es pues un lenitivo, nunca un definitivo remedio para el hombre de hoy. De otro lado, esa creencia en la evolución a que antes me he referido, conlleva la idea de que una mejor y más completa atención al organismo produce mayor éxito y satisfacción. (No olvidemos que el evolucionismo es un subproducto de la filosofía optimista del progreso). Así pues, se trata de cuidar todos los aspectos, también aquéllos que antes ni siquiera hubieran sido tenidos en cuenta como enfermedad. Uno que se hubiera sentido feliz y sano en su casa, por ejemplo, en una casa campestre dedicada a la explotación agraria, puede sentirse ahora terriblemente desgraciado y enfermo porque no es capaz de retener los conocimientos necesarios para unos determinados estudios, o porque no le responden las fuerzas al subir a la montaña con sus amigos. Como consecuencia, pedirá

* Profesor Ordinario de Historia de la Filosofía. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Navarra. Pamplona.

fármacos que le ayuden a memorizar y vitaminas que le faciliten las fuerzas precisas para su nueva vida deportiva.

Y como estamos en evolución, no podemos decaer, hemos de seguir unos tratamientos de mantenimiento y unas dietas: lo que antes era sólo patrimonio del que había engordado o adelgazado en exceso, etc., es ahora no sólo universal, sino lo normal: es la dietética universal que nos mantiene frente a la crisis de enfermedad que permanentemente nos acecha.

Pero la enfermedad es traidora: acecha incluso donde no la esperaríamos. Pues bien, ganémosle la partida acechándola nosotros: es la medicina preventiva y los chequeos periódicos.

De ningún modo es mi intención descalificar todos estos procedimientos tan excelentes. Sólo quiero decir que generalmente hoy son ensalzados como correspondientes al triunfo de las luces y la razón, que conquista terreno día a día sobre la enfermedad, y pocas veces se pone de manifiesto que implican solamente un pequeño optimismo montado sobre un tremendo pesimismo de base, a saber: que todo hombre es un enfermo.

Y si en el plano puramente físico, sí puedo hablar así, es esto un problema tal vez no desdeñable, adquiere caracteres sin duda más graves al alcanzar el terreno de las llamadas enfermedades psíquicas e incluso de esas otras enfermedades —pues realmente así se las considera— que son las únicas que trascienden la competencia del médico: las enfermedades sociales. Para su remedio, según parece, tiene razón de existir el político, el cual sin duda concibe hoy su actividad al modo de la del médico: el político es el terapeuta social y pretende —cada vez más— asemejarse a él. Ante la “enfermedad social”, el “problema” establece un diagnóstico, da un pronóstico y ofrece un remedio. ¿Es un buen político? Se verá por el resultado, igual que el médico: si cura es bueno.

En el ejemplo de la política vemos hasta qué punto la concepción del mundo, la “Weltanschauung” médica ha pasado hoy a ser dominante. No se trata de buscar

Un enfermo psíquico no es nada anormal o extraordinario, todos lo somos. No hay nadie psíquicamente normal.

principios, establecer fundamentos o explicar esencias: se trata de curar, de solucionar un mal que está encima y no perder demasiado tiempo con teorías pues, al fin y al cabo, otras enfermedades surgirán y ya atenderemos a ellas cuando surjan. El hombre, ser enfermo, lo es también en lo social; se considera que hay enfermedades sociales, que exigen los médicos correspondientes, o incluso los quirurjos correspondientes: a veces hay que extirpar, dicen (por lo demás, casi siempre a los enemigos políticos).

Pero luego tendremos ocasión de examinar más despacio este asunto. Vamos ahora al problema de las enfermedades psíquicas. Aquí es donde tal vez se muestra mejor esta generalización de la enfermedad a que me vengo refiriendo, la idea de que todo hombre es un enfermo. Me parece que la “manía” totalitaria y apriorística, el interés por fiarse más de la idea que del dato, manías todas ellas atribuidas tradicionalmente a los filósofos, se dejan ver mucho más claramente en la

medicina psicosomática que en la “general”. Esto se debe quizás al gran influjo que ha ejercitado en dicha medicina el llamado psicoanálisis, y las técnicas de la psicología profunda. Es bien conocida la influencia de la llamada “filosofía trascendental” en el pensamiento de Freud, que resulta ser un epígono indirecto de Schelling, como ha apuntado sugestivamente Odo Marquard en su libro *Schwierigkeiten mit der Geschichtsphilosophie*, más directo de Nietzsche y, sobre todo, de Schopenhauer.

El conocido fracaso ilustrado, el hundimiento del optimismo sobre las posibilidades absolutas de la razón, trajo consigo la reaparición, la nueva y poderosa *mise en scene* del concepto de naturaleza, eso sí, con matices nuevos y no poco marcados. Ahora la naturaleza es lo que precisamente escapa a la claridad intelectual, una especie de “fuerza ciega” que la pura razón pretende domesticar lo más posible sin la esperanza de conseguirlo del todo. Este carácter no intelectual e incluso, cada vez más, no racional de la naturaleza, hace que se considere a ésta como elemento patógeno. Somos naturaleza, pero esa es nuestra desgracia. Es común señalar que la filosofía de la universal desgracia aparece con el abandono del absoluto de la razón hegeliana, y que el propio Hegel había previsto ya la tal desgracia. Sin duda es así, pero las quejas llegan un poco tarde. Ya en el siglo XVIII, según lo que se piensa habitualmente el siglo ilustrado por excelencia, se había caído en la pendiente del pesimismo. El propio Voltaire es un ejemplo señalado de ello.

En lo psíquico, el punto central estriba en la consideración de la naturaleza humana como “deseante”. Los impulsos del deseo se repiten una y otra vez por una sencilla razón: porque ninguno de ellos se ve definitivamente satisfecho o, mejor, porque alcanzado el objeto del impulso la insatisfacción continúa.

Ahora bien, si esto es así, el hombre es un ser precario y desgraciado, su impulso último y profundo ha de ir dirigido a la nada, única liberadora posible. Esta tragedia humana, tal como se la representa el psicoanálisis, muestra que este es, como apunta el ya citado Odo Marquard, el poderoso representante de los restos de la filosofía trascendental en nuestros días.

En el plano psíquico no se puede conseguir en esta vida un definitivo equilibrio y todos estamos amenazados por una crisis que exprese de modo bien patente la desgracia que dentro llevamos: así se piensa. Y también aquí reaparece la dialéctica todo-nada. Un enfermo psíquico no es nada anormal o extraordinario en la medida en que justamente, todos lo somos. No hay nadie psíquicamente normal, se dice; todos tienen un mayor o menor grado de anormalidad. Todos somos anormales, es decir, la norma es la anormalidad. En la anormalidad todos somos normales.

La terapéutica psíquica no puede aspirar más que a lo mismo a lo que aspira la terapéutica general: arreglar una situación de crisis, en la idea de que el foco continúa presente, pues dicho foco no es otro que la naturaleza humana misma. Naturaleza que se concibe de modo unitario; no hay separación alma-cuerpo, ni distinción siquiera, pues no hay más que cuerpo, se piensa. Por ello, la llamada enfermedad psíquica tendrá siempre su exponente somático (todo perfectamente unido en el hombre).

Como dije al principio, si la condición enfermiza del hombre se muestra —a los ojos del pensamiento actual— ya claramente desde el punto de vista meramente somático, mucho más aún se ve desde el punto de vista psíquico, que es, a la vez, psicosomático. En los inmen-

COLECCION CIENCIAS MEDICAS

LIBROS DE MEDICINA

FISIOLOGIA CLINICA CARDIO-RESPIRATORIA

Diego Martínez Caro

1974. ISBN 84-313-0347-6. 136 págs.
107 gráficos. Rúst.: 600 ptas. Tela: 850 ptas.

El objetivo de esta obra ha sido el de presentar la fisiología clínica cardio-respiratoria desde un ángulo en cierto modo original, que supone una visión de conjunto en la que se analizan los diversos aspectos parciales en relación con una finalidad unitaria: el aporte del oxígeno a la célula.

CARDIOLOGIA

Ayres & Gregory

1978. ISBN 84-313-0501-0. 704 págs. 3.000 ptas.

Este libro intenta acentuar la importancia del diagnóstico deductivo y de la lógica empírica aplicada al tratamiento.

«Cardiología» ayudará al médico en la transformación de sus observaciones clínicas, eléctricas, radiográficas y hemodinámicas en un diagnóstico exacto y en un tratamiento correcto.

COMPENDIO DE FARMACOLOGIA HUMANA

(2.^a edición)

J. Flórez, J.A. Armijo y A. Mediavilla

1980. ISBN 84-313-0631-9. 848 págs. 3.100 ptas.

PROTOCOLOS TERAPEUTICOS DEL CANCER

Comisión de Oncología de la Clínica Universitaria de Navarra

1981. ISBN 84-313-0724-2. 360 págs. 1.750 ptas.

FUNDAMENTOS DE MICROBIOLOGIA

Alice Lorraine Smith

Versión española: **Ramón Díaz**

1980. ISBN 84-313-0666-1. 916 págs. 3.500 ptas.

ANTIINFECCIOSOS EN LA PRACTICA MEDICA

R. Martí Massó, J. Honorato y J.R. Azanza

1981. ISBN 84-313-0699-8. 298 págs. 1.600 ptas.

ATLAS DE HISTOPATOLOGIA

R.C. Curran

1979. ISBN 84-313-0613-0. 108 págs. 3.500 ptas.

TECNICAS DE MICROCIROGIA

José M.^a Serra Renom y José Cañadell

1979. ISBN 84-313-0582-7. 100 págs. 550 ptas.

FUNDAMENTOS DE QUIMICA ORGANICA

(Para médicos y biólogos)

Esteban Santiago y Félix M. Goñi

1977. ISBN 84-313-0238-0. 312 págs. 1.000 ptas.

ATLAS DE PATOLOGIA MACROSCOPICA

R.C. Curran y E.L. Jones

1978. ISBN 84-313-0511-8. 148 págs. 3.500 ptas.

LESIONES DEL CARTILAGO DE CRECIMIENTO

José Cañadell y cols.

1976. 264 págs. 900 ptas.

EMBRIOLOGIA (Humana)

Luis María Gonzalo y José Ullán

1976. ISBN 84-313-0061-2. 220 págs. 1.800 ptas.



EUNSA

EDICIONES UNIVERSIDAD DE NAVARRA, S. A.

Plaza de los Sauces, 1 y 2 - Apdo. 396 - Tel. (948) 256850*

BARAÑAIN-PAMPLONA (ESPAÑA)

Los gastos farmacéuticos de la civilización contemporánea, un capítulo no pequeño se encierra en toda la "pastillería" útil para este tipo de enfermedades.

Si pasamos ahora a las que he llamado "enfermedades sociales", vemos que el panorama actual nos muestra matices totalmente similares a los hasta ahora indicados. Aquí la filosofía a tener principalmente en cuenta, por su expansión e influjo, es la marxista. Carlos Marx desarrolla de modo peculiar una idea ya roussoniana: la desgracia social del hombre. El concepto clave es el de "alienación". Un ser alienado es aquel que no tiene ningún equilibrio porque parte de lo suyo le ha sido quitado y le sigue siendo quitado día a día. Queda así *in-firmus*, no hace pie en su condición de humano. Pero, en la sociedad capitalista, esta situación de alienación llega a su extremo más insoportable. El hombre explotado en dicha sociedad es pura miseria, y el hombre explotado es casi todo el mundo. No es extraño que, como consecuencia, aparezcan todas las enfermedades físicas y psíquicas. El explotado come mal, el explotado no "se realiza", el explotado, en suma, es un enfermo psico-físico integral.

Curiosamente, estas consideraciones traen a la memoria, por su íntima relación, otras llevadas a cabo por el pensador zaragozano Avempace, el cual las expone en su famoso *Régimen del solitario*. Se sostiene en esta obra que en la sociedad "perfecta" no harían falta juristas ni médicos, pues —como consecuencia del recto obrar de todo hombre con respecto a sí mismo y a los demás—, ninguna disarmonía podrá surgir —social o corporal— que hiciera necesaria la intervención de dichos juristas o médicos.

La idea es interesante por lo que tiene de diverso con respecto al punto de vista actualmente más extendido y que he procurado explicar hasta ahora. Para ir directamente al núcleo de la cuestión, el concepto del que Avempace se sirve para sostener lo que hoy se consideraría peregrina idea no es otro que el de "virtud".

Este concepto de "virtud" ha sido tan desgastado y mal comprendido que no es extraño haya caído en desuso entre los filósofos y para el oído popular sea algo que tiene que ver exclusivamente con la piedad religiosa. Sin embargo, en su origen significa algo muy simple y muy real: es un saber y una fuerza adquirida, es decir, una fuente de dominio, pues el dominio se alcanza justamente por esos dos medios, el saber y la fuerza.

Ahora bien, si el hombre puede tener virtudes, y toda una amplia gama de ellas, entonces no es tan mísero como la moderna filosofía dice, es un ser susceptible de tener una gran potencia. Es justo esta idea la que sostiene Avempace —junto con toda la tradición aristotélica— y, a mi juicio, no sólo tiene mucha razón sino que la propia medicina empírica de hoy se la da, eso sí, en nombre del avance científico y sin pretender recurrir a citas de tan ancianos autores.

¿Qué es lo que persigue con el "entrenamiento", con las tablas de ejercicios para el uso de tal o cual organismo? Justamente aprendizaje y fortaleza, es decir, "virtud física". No es difícil imaginar que por ahí ha de desarrollarse todo el esfuerzo terapéutico. Y entonces, ¿por qué no se busca trasladar a la psique, al espíritu, esta misma idea y estas mismas técnicas, y desarrollar armónicamente las virtudes intelectuales, morales y artísticas? No se entiende por qué, lejos de potenciar las virtudes intelectuales, se nos amenaza con que todo lo hará el ordenador. Y por qué, lejos de potenciar las virtudes de la voluntad, las llamadas virtudes morales, se nos ofrecen cada vez más sustitutivos artificiales. Como no se tiene la fuerza de voluntad (virtud de la fortaleza)

para adelgazar, se nos ofrece —en todos los periódicos— la máquina que te adelgaza sin que sufras ni dejes de comer. Tal vez voy a decir una "herejía médica", pero me parece que tales ingenios van a crear unas dependencias análogas a las que crea la droga, la cual inhibe funciones del organismo como consecuencia de haberlas pseudo-sustituido.

Tal vez lo que voy a decir ahora pueda parecer una distinción mínima e irrelevante, de la que quiero sacar consecuencias exageradas. Es posible que sea así, pero en tal caso se deberá a un defecto de mi planteamiento, no al hecho de que la diferencia sea mínima. Pues las diferencias mínimas son las más de las veces más relevantes que las presuntamente grandes. Esa distinción mínima que establezco, es la de debilidad y enfermedad. No es lo mismo una cosa que la otra. La naturaleza humana, en lo físico y en lo psíquico, "es débil", pero no "es enferma". Su debilidad la hace proclive a enfermedades y, por ello, puede adquirir una o la otra, pero también tiene en sí misma la capacidad de autofortalecerse, mediante el *training* físico y psíquico.

La naturaleza humana, en lo físico y en lo psíquico, "es débil", pero no "es enferma".

El problema principal son, pues, las "astencias", las debilidades. Me parece que, en este sentido, cualquier polémica entre medicina naturista y no naturista carece de sentido. Siempre que se conozca el método de fortalecer la naturaleza, de "virtuorizarla" (excútese el neologismo) desde dentro, no se debe acudir al fármaco químico, pues, por principio y aunque aún no la conozcamos, crearé dependencia. Si no hay virtud —fuerza natural—, habrá esclavitud —dependencia. Pero es obvio que en múltiples ocasiones aún deberemos seguir recurriendo a los medios no naturales, pues la naturaleza no nos ha enseñado aún todos sus secretos, o, tal vez mejor, no hemos sido capaces de descubrirlos. Hemos así de recurrir a la violencia, a la fuerza bruta de la cirugía, la química, etc., por falta de conocimientos suficientes sobre la fuerza natural y sobre la virtud, fuerza adquirida.

Una vez más, he de pedir disculpas por haber entrado en terrenos que no me correspondía pisar, que no conozco. Pero me refugiaré en la famosa audacia del ignorante y concluiré con una propuesta que se deriva del contenido de lo dicho últimamente. Que no se considere a todo el mundo como un enfermo, sino a todos como a seres a los que hay que fortalecer para evitar sus posibles enfermedades. Es esta una propuesta aparentemente menos optimista que las hoy al uso —pues establece desigualdad entre el enfermo y el que no lo está, y además reconoce que ninguna evolución me hará *a radice* menos débil—, pero realmente más optimista, pues declara que el hombre no es, física ni psíquicamente, un enfermo congénito. En mi opinión esta tesis resulta además obsequiosa con las enfermeras y enfermeros, pues bosqueja un futuro con trabajo permanente pero menos agobiante que el actual.

(III curso para Directivos y Docentes 1982. Escuela Universitaria de Enfermería. Universidad de Navarra.)